

ENCUENTRO CON ALBERTO MORAVIA

Por Marino GOMEZ-SANTOS



gran escándalo. Unos la elogiaban; otros, insultaban su precocidad; pero, entre una y otra cosa, el libro se convirtió en el título que estaba en labios de todo el mundo.

La crítica italiana observó que «Los indiferentes» tenían muchos puntos de similitud con «La edad de la razón», de Sartre, pues ambas tienen idénticos límites de tiempo: 48 horas, y solo cinco o seis personajes.

También se ha comparado esta novela de Alberto Moravia con «El extranjero», de Camus.

—El tema dominante de mi obra quiere ser la relación entre el hombre y la realidad. Esto puede parecer a algunos un estricto problema filosófico; pero, en realidad, para mí es el fundamental problema de nuestro tiempo.

—Se dijo, sin embargo, que «Los indiferentes», tocaba ciertos aspectos políticos.

Moravia frunce los labios y se encoge de hombros, dando la sensación de que no comprende cómo podía decirse eso de su novela.

—En aquel tiempo, yo ni siquiera sabía que existía el fascismo. Mientras escribía «Los indiferentes» estuve enfermo. Pasé la mayor parte de aquel tiempo en cama. Mis objetivos eran puramente literarios.

Se hunde en un silencio prolongado, porque es poco conversador, y únicamente si le preguntan se decide a hablar.

—¿Considera usted justa la comparación con el existencialismo de Sartre?

—Cuando escribí mi primera novela, la verdad es que no conocía el existencialismo. Los problemas que mis personajes trataban de resolver, eran en un análisis final, problemas de su propia vida.

Se queda mirando para un cesto de mimbrres que está lleno de troncos para la chimenea. Nosotros también miramos, como adormilados, como si Moravia nos contagiase sus horas bajas.

—En la mayoría de mis novelas, el héroe o personaje cen-

tral o protagonista, es un intelectual. ¿Sabe usted por qué? Ahora se lo diré. Siempre hay en mis obras gente de la clase media; pero el héroe es, en la mayor parte de las veces, un intelectual, porque estoy convencido de que el único héroe o protagonista posible, interesado en la clase media, es precisamente el intelectual, es decir, el tipo de hombre que no se compromete con la realidad. En cambio, los industriales, los doctores, los hombres de comercio, tienen que comprometerse con la realidad, por la simple razón de que sus intereses exteriores son más importantes para ellos que sus propias ideas.

Moravia ha sido siempre un escritor comprometido, como ahora se dice. Esto le costó grandes disgustos y persecuciones.

—Mi segunda novela no fue criticada. Estuvo prohibido hablar de ella. Me obligaron a escribir con seudónimo. Esto ocurrió hasta la caída del fascismo, más o menos, en 1943.

Moravia, como otros escritores, publicó dos artículos muy violentos contra el fascismo, en las páginas del «Popolo di Roma». Después, ocurrió que Mussolini fue liberado por los alemanes y hacia el fin de septiembre proclamó una república fascista hacia el Norte de Italia.

Moravia huyó camino de Nápoles; pero no tuvo éxito para pasar la frontera.

—Viví oculto, durante un año, en la montaña de Fondi, cerca

de Cassino. Allí permanecí un año con los campesinos. Esta iba a ser una época de mi vida muy fructífera para la obra que escribiría después. Porque tuve una experiencia que generalmente no tienen los intelectuales. He vivido con campesinos, como ya he dicho, he comido sus comidas, he dormido en sus casas, he conversado con ellos durante muchos días seguidos. Así conocí a aquella gente que trabaja fuerte. Allí nació «La Ciociara».

Moravia había tenido mal ambiente en el Gobierno mussoliniano. De un modo oficial se le acusó de ser un escritor in-moral.

Un corresponsal de «Les Nouvelles Littéraires», en 1947, recogió algunas opiniones de Moravia sobre el fascismo. El novelista dijo textualmente: «Fascismo, para mí, es una pesadilla».

Cuando apareció «Le amzoni sbagliate», Moravia se encontró con el veto del Ministerio de Cultura Popular, se silenció la publicación de su novela, y perdió su colaboración en el «Popolo di Roma».

—Mi expulsión del periódico, y la poca fortuna literaria, así como el escaso éxito de público y de crítica de «La Mascherata», aterraron a mi editor. Entonces, cuando recibió el nuevo original mecanografiado de «L'imbroglione», dijo que no podía publicarlo, porque estaba ocupado en editar las «Memorias» del mariscal Badoglio. A partir de esta fecha es cuando Bompiani se convirtió en mi nuevo editor.

«L'imbroglione» fue escrito en dos meses. Está compuesto este volumen por cinco relatos cortos, que aparecieron en las librerías en 1937, aunque su autor no alcanzase a presenciar su salida. Había abandonado Italia para ir a China, donde permaneció dos meses. Volvió por mar y su intento de regresar por Siberia y Moscú, fracasó.

—Mis viajes por el Extranjero han servido mucho a mi experiencia de escritor, no para descubrir paisajes extranjeros —pues solamente una de mis novelas ocurre fuera de Italia—

sino para clarificar la caricatu-

ra de la vida provinciana italiana.

Y es cierto, porque Moravia ha hecho muchas acusaciones contra el provincianismo y conservadurismo italiano.

Después de la publicación de sus primeros libros, comenzó a viajar mucho Alberto Moravia. En todo momento su trabajo se desarrolló metódicamente y no sólo en el campo narrativo, sino en el periodístico.

En 1930 estuvo en Inglaterra, enviado por «La Stampa» y también en París.

—¿Qué recuerda usted de su estancia en Londres?

—Una invitación que recibí para asistir al salón de lady Ottoline Morrel, señora aficionada a las letras, y en cuya casa llegaron a comer a un tiempo, escritores famosos como H. G. Wells, el poeta Yeats, que luego obtuvo el Premio Nobel, Forster, Bertrand Russell, Lytton Strachey. A todos éstos les conocí; pero, sin embargo, no tuve ocasión de encontrarme con Joseph Conrad, el famoso escritor polaco de habla inglesa, que escribió tantas novelas de aventuras. Este mantenía amistad con aquella distinguida señora; pero en el tiempo que estuve en Londres, no apareció por la casa.

En 1935, Moravia estuvo en Nueva York. Casi nada se sabe de su vida en América. Giuliano Dego dice que se tienen pocos datos de la vida de Moravia en América o en donde sea. Y añade que cuanto se refiere

a su aspecto personal permanece ligeramente velado, sin duda por su carácter poco comunicativo.

«En cualquier caso —escribe Dego—, con la excepción de sus enfermedades, las difíciles relaciones con el fascismo y sus largos viajes por el Extranjero, su vida personal parece ser muy poco complicada y completamente consagrada a escribir y a trabajar.»

Hizo también un primer viaje a Méjico, país que le iba a proporcionar más tarde el paisaje de su novela «La mascherata», la única cuyo ambiente no es italiano.

Para conseguir una entrevista que rebasa los monosílabos, hay que forzar mucho el temperamento de Alberto Moravia, de manera que le dije a la persona que me acompañaba:

—Este Moravia, además de melancólico y triste, me recuerda a nuestro Azorín.

Entonces quise hacer una prueba:

—¿Conoce usted España?

—Sí.

—¿Y ha estado usted en La Mancha, ya que ha sido lector asiduo del Quijote?

—No.

Entonces, el sí y no se fue barajando indefinidamente, hasta que nos convencimos de que Moravia, como conversador, se parece a Azorín.

(Continuará)

(Copyright Pyresa. Prohibida la reproducción.)

LA TARDE

Malafa

17 Feb. 1967